

LAUREL



EN PANA

Martín Cinzano



En pana
Martín Cinzano

Stop.
A vida parou
ou foi o automóvel?

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Martín Cinzano (Guayaquil, 1977), vivió veinte años en Santiago y ya lleva once en la Ciudad de México, donde escribió el libro de crónicas *Perdido* (UACM) y los fragmentos de *El piano de Waldstein* (Mantra), además de los poemarios *Peatonal* (La Ratona Cartonera) y *Yo ya* (Go Ediciones). Hay trabajos suyos en *Residencia temporal: seis poetas chilenos en México* (Aldus) y en *La ciudad de los poemas. Muestrario poético de la Ciudad de México* (Trilce). Se dedica al comercio callejero de libros viejos, y en la Colonia Obrera coedita la revista cartonera *PUF!*

Nunca pude aprender a manejar. Alguna vez mi padre me quiso enseñar, pero no aprendí. Fue en la playa grande de Tongoy durante un verano. Intenté conducir el auto en línea recta y creo haberlo logrado al menos por unos segundos. Bien, me dijo mi padre, ahora mete segunda y acelera. Del otro lado venía una moto acercándose lentamente; aceleré a fondo, como si hubiese querido reducir la distancia entre nosotros y la moto, y cuando la tuve casi de frente, asustado, doblé bruscamente hacia la derecha y me metí en el mar. Mi padre dijo ¡Chucha! El de la moto se alejó gritando ¡Conchetumadre! El auto estaba varado. Con la ayuda de unos pescadores demoramos unas tres horas en sacarlo de ahí. Al final mi padre se rió como para no darle importancia.

Son demasiadas cosas a la vez. Los cambios, el acelerador, las luces, el manubrio, los frenos: manos y pies al mismo tiempo. Admiro a quienes mientras manejan pueden hablar y prender un cigarro. No sé cómo lo logran. Hay gente que choca y muere, lo sé, pero de todas maneras, al menos por un rato han podido tener el control de la situación, pasar un cambio, sintonizar su radio favorita, pensar en algún recuerdo de infancia.

Otra vez, de noche, intenté aprender a manejar a dos cuadras de mi casa. Era el Mini de un amigo. Mi intención era por lo menos llegar tocando la bocina para despertar a mi padre y que mi padre saliera y me viera manejar. Mi amigo se sentó a mi lado, dijo dale y yo arranqué. Lo más difícil era arrancar, pero esa noche lo logré sin mayores problemas. Al llegar a la esquina doblé y aceleré a fondo: esta vez no di con el mar sino con un árbol y la reja de una casa. Desde entonces me conformo con el papel de copiloto.

Continuamente sueño que manejo. En ocasiones son sueños nada angustiantes, tranquilos. Incluso se diría que en esos sueños manejo bien. El problema es frenar. Voy manejando pero de algún modo sé que en algún momento debo frenar. Antes de hacerlo, pues no sé cómo hacerlo, despierto.

Mi padre tenía un Chevrolet Opala rojo del año de la pera. Chupaba demasiada bencina, era un lío estacionarlo (no había espacio, tapaba las calles), siempre tenía algún problema con la palanca de cambios; pero a ambos nos gustaba. Con él viajamos al Norte Chico un verano. Esa fue una prueba de fuego. Durante el viaje me parecía que cuando llegáramos de vuelta a Santiago y nos bajáramos el Opala se desarmaría por completo exhalando un último suspiro, como el auto de Los Hermanos Caradura. Primero hicimos la parada obligatoria en Los Vilos, para echar bencina; después en Ovalle, otra parada obligatoria porque mi padre nació en Ovalle; después pasamos por Montegrande y Vicuña y luego bajamos hacia la costa, a La Serena, Coquimbo, Guanaqueros y Tongoy. Así, leído, escrito, es fácil, pero en realidad fue muy difícil. En Vicuña el

Opala no quería partir y debimos empujarlo para llegar a la casa de la Mistral. En Coquimbo fue aquejado de una enfermedad misteriosa relacionada con el radiador. Saliendo de Tongoy se nos reventó una llanta. En Guanaqueros se acabó la batería.

Una vez tuve una polola con auto. Mientras el pololeo duró, mi desempeño como copiloto fue correcto. En su auto, un KIA gris, fuimos varias veces al norte, y en la Cuesta del Melón procuraba hacer bien mi papel y creo que ella no tenía motivos de queja, al menos en ese aspecto. Iba atento a las señales de tránsito, a los carteles de letras blancas y fondo verde que anunciaban el kilometraje, disminuía velocidad, curva peligrosa, Bienvenido a la Provincia de Petorca. Un poco antes, a la salida de Santiago por la Ruta 5 Norte, la polola tomaba un desvío por un camino de tierra para ahorrarnos el peaje, a toda velocidad; después prendíamos un pito. No fumábamos mucho, un par de piteadas y ya, lo suficiente para ir bien concentrados en el camino y al mismo tiempo distraídos en algún disco de los que a ella le gustaban, *Bossa Nova* o *Doolittle* de los Pixies, o de los que yo prefería, *Cool Blues* o *Jam*

Session de Charlie Parker. En la Cuesta de las Chilcas siempre decíamos aquí, entre estas rocas, se debería filmar un western, el gran western chileno. Nos reíamos, un poco asustados, a veces las rocas gigantes de Las Chilcas parecían a punto de caer y aplastarnos. Pero lo mejor era pasar de noche por ahí y avistar de pronto, en un ramalazo de luz, al ermitaño.

Yo fui campeón juvenil de Ovalle cambiando ruedas de auto, me dijo mi padre debajo del Opala, en la carretera que une Guanaqueros y Tongoy. Me conocía la versión campeón juvenil de Ovalle de pimpón, y me la creía. También estaba la versión campeón juvenil de atletismo y de baby fútbol; esas no me las creía tanto porque él no era muy rápido y, aunque le ponía empeño, era malo para la pelota. En pimpón, por el contrario, era rápido y certero y para mí su campeonato juvenil ovalino era irrefutable. Pero, cuando se hizo el chistoso con esta última versión, cualquiera de sus campeonatos juveniles me pareció dudoso. Su voz me sonó extraña, tal vez porque cuando dijo que era campeón juvenil de Ovalle cambiando ruedas de auto estaba tendido debajo del Opala. Yo le miraba las

piernas y miraba la gata que sostenía el Opala, y de pronto me di cuenta de que tenía la vida de mi padre en mis manos. Y me dio sed.

Son demasiadas cosas, ya lo dije.

En Coquimbo no quedó más remedio que llevar el Opala al mecánico. El problema era que primero debíamos llevar el mecánico al Opala. Caminamos por calles de tierra, preguntamos en algunos negocios que parecían sacados de películas de vaqueros, hasta dar al fin con un mecánico. Mientras caminábamos de vuelta al Opala el mecánico decía un precio y mi padre la mitad. En ese tira y afloja dimos vueltas y vueltas y el Opala no aparecía. El mecánico dijo que su tiempo también valía. Cuánto, dijo mi padre. El mecánico no respondió. Era probable que el pobre auto se hubiese mandado a cambiar de Coquimbo, pensé. Y lo dije: el auto se aburrió de esperar y se mandó cambiar. Mi padre se rió, el mecánico tam-

bién. Es mi hijo, dijo mi padre. Claro, si son igualitos, dijo el mecánico.

Del ermitaño de Las Chilcas siempre se dijo: era médico, venía en auto con su familia, chocó, todos murieron menos él, no pudo soportarlo, se hizo ermitaño. Vivía de lo que le daba la gente. No rezaba. No sermoneaba ni predicaba. No hablaba. Podía ser agresivo, podía lanzarte una piedra si lo mirabas, pero la gente lo respetaba. La gente lo quería. Algún poeta lo rescatará.

A veces me gustaría saber manejar. Otras veces pienso en los amigos que antes caminaban conmigo y que ahora no pueden ir ni a la esquina sin el auto. Ahora, de noche, me asomo a la calle y por un minuto la contemplo sin autos, vacía, y veo que es completamente otra calle o que ya ni siquiera es una calle. Sólo un camino oscuro.

En una esquina estaba el Opala. ¿Ése es el auto?, preguntó el mecánico. Ese mismo, dijo mi padre. Uno volvió a decir un precio y el otro volvió a decir la mitad. El mecánico suspiró y se quedó mirando el Opala. Ya, dijo, hay que llevarlo al tiro al taller porque esto va a ser largo. Qué tan largo, preguntó mi padre. No sé pero largo, respondió el mecánico. En algún lugar cerca de aquí debe estar el mar, pensaba yo.

Ya no sé cuántos autos ha tenido. Antes del Opala tuvo un Fiat 600 y después del Opala vino el Charade café, un cambio radical y en cierto modo una manera de pasar al anonimato después del Opala rojo. Luego tuvo una citrola, ese auto que es una especie de símbolo, aunque no sabría decir de qué. ¿De los chilenos y su afrancesamiento? ¿De la clase media nacional? ¿De la resistencia? El trabajador chileno no tendrá un Rolls Royce, pero tendrá una citroneta del 75, decía Pinochet; Víctor Jara tenía una citrola, una citrola naranja, decía mi padre. A mí me daba la sensación de ir a la intemperie porque a la citrola le entraba el viento por todas partes. Y después vino la versión pirula de la citrola: un Citroën Visa. Un Citroën Visa blanco.